

PLENILUNIO

Por Adrián Hernán de Sales.

Daniel recorre con la lengua sus agrietados labios, humedeciéndolos. Se enciende el cigarrillo, única mota de luz de aquella sociedad decadente y aspira toscamente la embriagadora humareda que se instala en las paredes intactas de sus pulmones. Bajo sus pies, la ciudad ruge de rabia. El sonido penetrante de un claxon retumba en los cartílagos de sus oídos. Un derrape, un accidente. La víctima, un joven arrollado. Diminutas estacas de cristal decoran su piel azabache. La sangre serpentea por el asfalto.

Observa con desidia. El moribundo no sabe la suerte que ha tenido. Mientras el alma del chico se dirige al Purgatorio, mira con espanto al hombre desnudo que, en la negrura, se esconde en lo alto del Palacio Ducal, sonriente. Temeroso, el fantasma desea huir de la monstruosidad inhumana que acaba de contemplar. Daniel lo saluda con ademán sereno. Hace tiempo ya que puede ver esas apariciones incorpóreas. También las huele, como a los cientos de humanos que transitan tranquilos por las calles de la ciudad.

“Ha tenido suerte”, dice para sí. Contempla expectante el esplendor lunar. El plenilunio empieza a ejercer sobre Daniel un efecto espantoso, en su interior se instaura un poder milenario y ancestral. Víctimas pasadas rezuman lágrimas eternas en su consciencia. El sibilante viento recorre sus terminaciones nerviosas, su abundante vello se estremece de placer. Los ojos, gigantescos glóbulos de rabia animal.

Su aullido cuarteja las endeble mentes de los viandantes, el furibundo eco de su llamada da por iniciada su temporada de caza.